



<p>SE PUBLICA UN CUADERNO SEMANAL.</p> <p>PRECIO: UN REAL al recibir el número,</p> <p>J. CASTRO, EDITOR PROPIETARIO.</p> <p>AÑO II.</p>	<p>DIRECTOR ENRIQUE RODRIGUEZ-SOLIS, CON LA COLABORACION DE LOS PUBLICISTAS MÁS DISTINGUIDOS DEL PARTIDO.</p> <p>Administracion: Tabernillas, 8.—Madrid.</p> <p>MADRID 26 DE JULIO DE 1872.</p>	<p>CADA TRIMESTRE SE REGALARÁ UN ELEGANTE TOMO DE UNA OBRA NUEVA de reconocida importancia y utilidad.</p> <p>NÚM. 24.</p>
--	--	--

SUMARIO.

TEXTO.—A nuestros suscritores.—La libertad, por Emilio Castelar.—Efectos del fanatismo, por Javier Alvarez Linde.—Extincion de los almogobares, por Ulpiano Verges.—Tanto monta, por Constantino Lombart.—Estudios prehistóricos, por Mariano Lerroux.—Cuentos populares, por Francisco Flores y García.—Revista extranjera, por Luis Ricardo For.—Cantares, por J. Botella.—Revista general, por E. Rodriguez S. Ila.—Paris en América.
GRABADOS.—Palacio del Dux (Venezia).—Manolos de principios del siglo jugando á la brisca (cuadro original de Ortega).—El alcalde (tipo aragonés).

A NUESTROS SUSCRITORES.

La publicacion de nuestro Semanario no tuvo ni pudo tener por objeto el lucro y la ganancia, sino la propagacion de los principios que constituyen el credo republicano federal.

Desearios de introducir algunas mejoras, anunciamos la publicacion de dos ediciones, una de lujo y otra económica; pero esta reforma parece haber herido la exquisita susceptibilidad de algunos correligionarios, que creian observar en ella alguna desigualdad.

¿Qué hacer en este caso? ¿Desistir de nuestra idea? Antes al contrario, hemos pensado realizar una empresa, que como nuestros abonados podrán ver, representa un nuevo é importante sacrificio.

En el próximo mes de Agosto y sucesivamente en cada

trimestre del año, regalaremos á los suscritores de LA ILUSTRACION un elegante tomo, que contendrá una obra SIEMPRE NUEVA y de reconocida importancia y conveniencia para nuestros estimados suscritores.

Como una prueba de esta verdad, la obra que regalaremos en Agosto es un importantísimo trabajo debido á la pluma del conocido escritor francés Julio Barni, y que lleva por título *Manual del republicano*, verdadera obra de instruccion y recreo para todo aquel que ansie conocer los principios democráticos y crear verdaderos y justos republicanos. Del mérito y de la utilidad de la obra que anunciamos, podrán juzgar nuestros abonados con solo leer los titulos de algunos de sus capitulos, entre los cuales citaremos los siguientes: *¿Qué es República?—¿Qué es Libertad?—¿Qué es Igualdad?—¿Qué es Fraternidad?—La virtud en la República.—El Sufragio universal.—La Instruccion pública.—El Municipio.—El Socialismo, etc., etc.*

Creemos que este pequeño obsequio que hacemos á nuestros suscritores será comprendido y estimado en lo que vale, logrando así que no llegue nunca á faltarnos su apoyo, cuando nuestro solo y único deseo es merecer su estimacion, única y sola recompensa á que aspiramos.

Para difundir aun más, si es posible, los salvadores principios de la escuela republicana federal, hemos resuelto hacer un nuevo sacrificio en beneficio del público.

Todo el que se suscriba nuevamente á nuestro periódico, recibirá la coleccion completa de los números publicados por la mitad de su valor, ó sean 48 números que componen el año primero, por 24 rs. Dirigirse directamente á la Administracion, J. Castro, Tabernillas, núm. 8, ó bien por medio de nuestros corresponsales.

Los nuevos suscritores tienen derecho á recibir *grátis* el magnífico tomo que hemos decidido regalar cada trimestre.

A esta obra seguirán otras nuevas, así de autores españoles como extranjeros, logrando de este modo que sin desembolso de ningún género, lleguen á poseer nuestros suscritores una bella, instructiva y notable biblioteca.

LA LIBERTAD.

En medio de este continuo oleaje de ideas, de hechos, de grandes revoluciones y reacciones que agitan el siglo XIX, cuya vida parece sobradamente activa, existe un principio, una idea que todos invocan, aun sus más ardientes enemigos: la libertad. Nada hay más grato al corazón del hombre, nada le eleva sobre todo lo creado como ese principio de libertad, por el cual siente su existencia, se reconoce causa y agente en el universo y establece todas las relaciones de su espíritu. El hombre al decir «siento», afirma que existe un mundo de ideas sobre su frente; pero al decir «quiero», solo afirma y solo encuentra su propia existencia.

La sensibilidad, el pensamiento, son facultades de relación, lazos que unen al hombre con la naturaleza, con esa otra patria que tiene en la eternidad. Pero la libertad, el derecho de causar todas sus obras, todas sus acciones; la libertad, mediante la cual determina su ser á producirse; la libertad es la sustancia de su naturaleza, el alma de su alma. Todas las grandes concepciones del hombre sin ese principio serían mentira, sueños, nada; y toda institución política, social y religiosa, sin ese firme asiento, sería una horrible injusticia.

Borrada la libertad en el hombre, y ved si es dable comprender la justicia, el gobierno, la sociedad, la religión, el arte. Si la libertad no existiera, si el hombre fuese esclavo de la naturaleza ó del destino, ¿en nombre de qué principio le exigiría la religión su responsabilidad moral y la sociedad su responsabilidad ante la ley? Suprimid ese principio y se arruinarían los templos, y se arruinarían los tribunales, y la ley moral y la ley política serían vergonzosas cadenas arrastradas por un esclavo. Nada hay, pues, tan verdadero, tan fuera de duda, tan arraigado en nuestra conciencia y en nuestra naturaleza como ese principio de libertad, que es el brillante norte de toda nuestra vida.

Así, no ha dado el hombre un paso en el progreso que no le haya conducido á la libertad, y no ha crecido en libertad sino para acercarse á Dios. Examinese toda

la historia y se encontrará que desde el principio de los tiempos todos los esfuerzos del hombre, todos sus grandes movimientos y todas las revoluciones que han agitado al mundo moral, tan pasmosas como las grandes catástrofes del mundo físico, han contribuido á exaltar al hombre á su libertad, restaurando en su conciencia la imagen perdida de Dios. Desde el hombre de los primeros tiempos históricos, anegado en la naturaleza, envuelto en el seno del panteísmo materialista, adorando sus propias sensaciones, aplastado bajo la inmensa pesadumbre de las castas que oprimían su voluntad y su conciencia, hasta el hombre de nuestros días, sujeto á la ley, libre en su pensamiento, dueño de sus acciones, interviniendo en la sociedad y en el gobierno, media un abismo que han llenado mares de sangre, infinitas generaciones de mártires. Toda la historia del mundo es la historia de los esfuerzos hechos por el hombre para alcanzar su libertad y realizarla cumplidamente en el espacio.

En la historia moderna desciende el cristianismo del cielo á dar al hombre la conciencia de la libertad, y vienen nuevos pueblos, nuevas tribus, nuevos hombres en que se encarnó esa idea. Al lado del castillo feudal, que bosquejaba la primer imagen de la personalidad, nació el municipio, que levantaba generaciones enteras de esclavos al goce de la vida. Y todas cuantas instituciones se crearon por el progreso de los tiempos y por los esfuerzos de los hombres, todas vinieron á aumentar la personalidad humana y á añadir nuevos diamantes á la corona de sus derechos.

Llegaron los tiempos modernos, el mundo se agitó de manera que muchos creían oír la hora del desquiciamiento universal, y sin embargo, del fondo de aquellas tempestades revolucionarias, que parecían destinadas á sacar la tierra de su eje, salió el hombre más fuerte y una sociedad más libre y más justa. ¿Quién no admite hoy la igualdad civil? ¿Quién no quiere la inviolabilidad del hogar doméstico? ¿Quién no suspira por la libertad política? Hasta los mismos que la denueñan la ejercen, probando con este ejercicio la libertad, como el filósofo antiguo probaba moviéndose la necesidad del movimiento.

Pero la verdad es que la angustia producida por estos tiempos de sacudimientos y de explosiones no ha concluido todavía. En todos los puntos del horizonte se hallan signos que dicen á los hombres que el cielo está cargado de tormentas, y en todo el espacio hay ruinas que les enseñan que la tierra que pisan está atormentada por el hervor de grandes volcanes. Es nuestra época una de esas épocas tristes, angustiosas, en que el mundo y el hombre oscilan entre dos principios, épocas en que la duda se apodera de las inteligencias y la incertidumbre reina en los corazones. Todos los caracteres de esta época son los grandes caracteres de una época de transición. Lo mismo sucedía en el siglo V, cuando el mundo, empujado por las ráfagas de una tempestad desoladora, abandonaba las rientes riberas del paganismo; lo mismo sucedía en el siglo XIII, cuando al calor de un nuevo espíritu surgía el feudalismo; lo mismo en el siglo XV, cuando el mundo pasaba de la Edad media á la Edad moderna, y del caos feudal á las monarquías de derecho divino. El mundo no encontrará su

base sino cuando la libertad se encárne en todas las instituciones, se muestre en todas sus fases y se desarrolle lógicamente, sin encontrar esos grandes obstáculos que impiden su natural crecimiento, y que tarde ó temprano, siendo como son causa permanente de desórden, arrojan la electricidad de nuevas tempestades en los aires.

La sociedad debe estar siempre en armonía con el hombre, y como el hombre es naturalmente libre, la sociedad debe fundamentarse en la libertad. Las leyes de nuestro pensamiento son tan reales, tan verdaderas, como las leyes con que Dios ha enlazado, unido y dado su armonía á toda la naturaleza, á todos los mundos. Así como al hombre no le es dado trastornar la naturaleza ni sus leyes, así tampoco le es dado fundar la sociedad, una sociedad durable, una sociedad justa, fuera de las leyes de la humanidad.

Por eso mientras las naciones no se levantan en la verdadera idea acorde con la naturaleza humana, en la idea de su libertad, andan solicitadas por diversos movimientos, trabajadas por continuos dolores, como el cuerpo que ha sido arrancado á su centro de gravedad oscila y tiembla hasta que encaja dentro de la ley de su naturaleza. La libertad, pues, la libertad allegada á tanta costa, esa noción clarísima de nuestros principios, ese instrumento poderoso de nuestro destino, ese cíncel que Dios nos ha dado para perfeccionar en nosotros su imagen; la libertad, tan fecunda en grandes bienes, puede resolver en armonías todas las oposiciones históricas, que tras tanto tiempo martirizan á la sociedad y al hombre. Porque la verdad es que cuando todas las necesidades sociales se manifiestan á la clara luz del día, cuando todas las aspiraciones encuentran un cauce por donde correr, léjos de trastornar la sociedad, le darán todo lo que en si tengan de justas, de verdaderas y de grandes; al paso que la injusticia morirá por sí misma con solo mostrar su dolorosa fecundidad para el mal.

Dichosos los pueblos donde el pensamiento es libre, donde la ley es la norma á que todos se sujetan, donde el hogar doméstico está guardado como un santuario, donde el hombre encuentra todas las esferas de la vida abiertas á su poderosa actividad, donde los derechos fundamentales, esas condiciones precisas de nuestra existencia moral, están garantidas y son tan firmes como la tierra, y se consideran tan necesarias á la vida como la atmósfera.

El mal más grave que tiene esta nuestra edad tan enferma, es á todas luces que, confundiendo todas las nociones, se ha dado en llamar por los partidos medios libertad á lo que es privilegio. Así los pueblos, cuando ven que esa libertad privilegiada solo les da trastornos por un lado y desconcierto y opresión por otro, cuando no tienen conciencia de su grandeza, suelen volver los ojos embrutecidos á la dictadura ó al despotismo.

Es necesario, pues, que todos contribuyamos á realizar el ideal de nuestro siglo. Nuestra sociedad tiende por leyes propias de su naturaleza, por el impulso de sus propios movimientos, á extender la libertad sobre todos los hombres, para que sea como ese azul cielo que Dios en su justicia extendió sobre todas las frentes, como el sol que todo lo fecunda y lo ilumina. La libertad, que moraliza á los individuos, moraliza también á los pue-

blos. Por eso nosotros creemos que solo son pueblos dignos de este nombre los pueblos libres.

La libertad, que inspira los grandes pensamientos, que fortifica nuestro sér, que tiene tesoros inmensos; esa libertad tan fecunda en el mundo moral, como la vida que circula por la naturaleza; la libertad, que hace del hombre el rey de todos los seres creados, puede tornar todas estas ráfagas que agitan y trastornan el mundo en blandas áuras que nos impulsen suavemente á la realización del ideal humano en la tierra.

EMILIO CASTELAR.

EFFECTOS DEL FANATISMO.

II.

Habían transcurrido para España días de prueba; los españoles habían demostrado lo que puede el amor á la independencia, y la libre nación que salvó Pelayo, vencedora del poder extranjero, se entregaba al descanso que le proporcionaba la victoria.

Desde entonces empezaron á lucir días de prosperidad y de engrandecimiento. Las artes recibían un impulso extraordinario; los campos antes regados por la sangre de los combatientes y devastados por los horrores de las batallas, empezaban á convertirse por la constancia de hábiles obreros en fuentes de producción y de riqueza; y en general fué el trabajo fecundo manantial de positivas mejoras.

Pero, fuerza es confesarlo, no era á los españoles á quienes se debía esta trasformación. Tras tanto tiempo de fatigas, tras una continuada lucha que había abatido sus cuerpos y sus espíritus, no las rudas faenas de la labranza, no los para ellos despreciables oficios mecánicos, no, en fin, el apego al trabajo eran los que podían proporcionarles el apetecido descanso.

Pero había otra causa. Vencedores de un pueblo rudo y sufrido, encontraban en él quien se prestase, por más que fuese obligado, á sobrelevar la carga del trabajo, á obedecer en todo y á sufrirlo todo.

Esto hizo que los españoles mirasen á los conquistados como unos hombres despreciables, y confiasen en ellos todos los cuidados que requieran rudeza y fatiga. ¡Cuán caro habían de pagar despues este descuido!

El pueblo árabe, al despertar de su sueño en Granada, agitado por la mano de la adversidad, echó una mirada á su pasado. ¡Ay! Ya desaparecieron para ellos aquellos días de felicidad y de ventura, en que el hermoso cielo de España había cubierto su creciente gloria; ya desaparecieron aquellos días en que el sol iluminó radiante la magnificencia de Abderraman y las victorias de Almanzor; ya desaparecieron aquellos días en que los guerreros musulmanes caían como el rayo sobre las huestes cristianas, y la media luna se elevaba sobre los soberbios castillos y las más temibles fortalezas.

¿Qué quedaba de todo? Solo un recuerdo, que el tiempo iría destruyendo. Con razon el infortunado Boabdil lanzó un doloroso suspiro al divisar por última vez las encantadoras torres de Granada.

Los que, más felices ó más desgraciados que su rey, permanecieron bajo el cielo que tanto amaban, miraron por un momento su porvenir. ¡Oh! Bien podemos afirmar: nunca creyeron ellos que tantas desgracias les estaban reservadas.

Así al amor de sus hogares, al amor de sus recuerdos, aceptaron gustosos el trabajo que se les ofrecía en cambio de aquellos. ¡Infelices! Más les valiera abandonar para siempre un suelo que tan ingrato había de

series y retirarse allá donde no tuvieran que sufrir la ingratitud de los hombres.

Los españoles, en efecto, se mostraron desde luego ingratos para con los moriscos, y pervertieron los sentimientos de estos haciéndolos egoístas, avaros, rencorosos, vengativos, y sobre todo les hicieron ambicionar el momento en que pudieran sacudir tan pesado yugo.

Para nosotros los que no vemos en la humanidad sino hermanos; para nosotros los que despojados de ab-



PALACIO DEL DUX.—VENECIA.

surdas preocupaciones no distinguimos de color, creencia, ni nacionalidad; para nosotros los que no miramos por los intereses particulares sino por los generales; para nosotros, en fin, que quisiéramos unir á todos los hombres en un fraternal abrazo, nos es sensible considerar cómo aquella raza de hombres extranjeros en su país natal se veían condenados á sufrir por una parte los atropellos, por otra los insultos y toda clase de penalidades, cuando ellos eran los que, principalmente en algunas provincias, hacían brotar las fuentes de la riqueza pública con sus conocimientos en las ciencias,

las artes manufactureras y en la agricultura, como ya tendremos ocasión de demostrar.

Pero no era extraño que esto sucediese en una época en que el absolutismo se hallaba entronizado, y en que la ignorancia abrigaba y daba vida al más espantoso fanatismo, el producido por la religion, arma terrible que los sectarios del catolicismo esgrimieron arteramente contra los creyentes del Corán.

El fanatismo venció, y el pueblo morisco tuvo que sucumbir ante el espectáculo que ofrecían las persecuciones, el martirio y las hogueras con que se les quería

convertir al Evangelio. Tuvieron entonces que ser hipócritas; tuvieron que fingir un fervor que no sentían; tuvieron que resignarse á pasar por cristianos. Pero naturalmente no se les creía; los cristianos viejos los miraban con repugnancia, y así se aumentaban sus padecimientos. Y á pesar de todo, á pesar de la opresión, á pesar del despotismo que sobre ellos pesaba, ellos con sus brazos, con sus conocimientos, con su experiencia, contribuían cada día más al desarrollo de la prosperidad pública. Ciertamente muchos llegaron á conseguir grandes caudales á fuerza de especulaciones y de trabajo; pero también lo es que casi la totalidad de sus rentas iban á llenar las arcas del Tesoro, y al mismo tiempo podían dedicarse á empresas que redundaban en bien de la nación.

Mayores eran aun las desgracias de los judíos. Obligados á vivir entre dos pueblos igualmente enemigos, sufrían el desprecio del uno y el odio del otro. Poco tiempo, sin embargo, duró su situación, porque el fanatismo religioso concluyó con ellos en 1492, expulsándolos allá á otros países, como hizo después con los moriscos en 1609, produciendo con ello el desconcierto en España, que principió á resentirse de la falta de aquel espíritu productor que antes la había favorecido.

En los siguientes artículos estudiaremos algunos de los efectos que tuvieron aquellos hechos, llevados á cabo por un estúpido fanatismo, que una y mil veces maldeciremos como causa de muchos males que á la humanidad afligen.

JAVIER ALVAREZ LINDE.

(Se continuará.)

EXTINCION DE LOS ALMOGÓBARES.

PARTE PRIMERA.

Roger de Flor.

La historia de España puede considerarse una serie de poemas épicos por los hechos que refiere, todos á cual más grandes, todos á cual más heroicos. Desde los del pastor Viriato, el hambre calagurritana, los incendios de Sagunto, Numancia y Astapa; la defensa de El-mantica por las mujeres, en los primeros tiempos, hasta el Sitio de Zaragoza, el hambre de Gerona, las batallas de Bailén, los Arapiles, Vitoria y tantas otras contra los invasores franceses, y la titánica guerra civil de los Siete años en la última época, presenta una serie de cuadros inimitables que afectan nuestras inteligencias é impresionan el alma, del mismo modo que el huracán, el rayo y el trueno nos imponen haciéndonos palpar la fuerza en su expresión más terrible, pero también más sorprendente y majestuosa.

Uno de estos, ejecutado en el Asia, es el que vamos á bosquejar tan ligeramente como permite la índole de esta publicación y la falta de noticias de la época en que ocurrió, época en que, según Moncada, se obraba tanto como poco se escribía.

Los almogóbares, almogóbares ó almugábares, que

con los tres nombres los designa la historia, según algunos, eran una clase de milicias catalanas, que llevaron este nombre como pudieron llevar otro cualquiera; pero según la mayor parte de los cronistas aragoneses, eran descendientes de algunas tribus godas, que, vencidas por los árabes, huyeron á las montañas, y defendiéndose en ellas contuvieron á sus vencedores.

Los almugábares vestían pieles, calzaban abarcas, usaban por casco y sombrero una redellita de hierro, y tenían por armas espada, chuzo y tres ó cuatro dardos de tanta fuerza, que atravesaban las armaduras. Llevaban consigo sus familias, y no tenían otra casa ni hogar que sus campamentos.

Acostumbrados á las privaciones y nacidos entre los combates, eran unos guerreros inmejorables, que tuvieron parte en casi todas las guerras de Aragón y Cataluña contra los árabes. Pedro de Aragón los llevó á Sicilia cuando conquistó aquel trono, y Jaime los sostuvo mientras reinó sobre ella; pero cuando se le cedió al Papa, los almugábares, en unión de los sicilianos, se opusieron á la cesión, y coronando rey á D. Fadrique, le sostuvieron contra el Papa, contra Renato y Carlos de Anjou, y contra el mismo rey de Aragón, su hermano, que, unidos todos, le hicieron una guerra cruel. Acabada esta, y no teniendo D. Fadrique medios para remunerarles sus servicios como quería y ellos necesitaban, le pidieron licencia para pasar al servicio de Andrónico, emperador griego, á quien tenían los turcos en un grave compromiso.

Una vez concedida, se reunieron sus capitanes Roger de Flor, Berenguer de Etenza, Berenguer de Rocafort y Fernán Jimenez de Arenos, eligiendo al primero como general de la expedición proyectada. Acto continuo enviaron dos embajadores al emperador, ofreciéndole su auxilio, y este, gozoso por la adquisición de tan buenas tropas, le admitió suscribiendo á todas las condiciones con que se le ofrecían. Eran estas que nombrase á Roger megaduque ó general de las fuerzas de mar y tierra del imperio, le casara con una nieta ó sobrina del emperador y diera un sueldo de cuatro onzas de plata al mes á cada uno de los hombres de armas, dos á los de caballería ligera, pilotos y gente de mando en la armada, y una á los infantes y marineros, anticipándoles cuatro pagas al llegar al imperio, y dándoles dos al abandonarle: lo cual era doble de lo que pagaba el mismo emperador á los auxiliares alanos y turcos, y prueba la estimación en que tenía á estas tropas.

Roger de Flor, general de la expedición, hijo de una italiana y de un alemán, había sido templario muy distinguido, aunque no caballero. Acusado de que había tomado los despojos de San Juan de Acre, marchó á Marsella y de allí á Génova, donde armó una galera y con ella se ofreció al duque de Calabria. No admitidos por este sus servicios, pasó al de D. Fadrique de Sicilia, quien en vista de sus relevantes prendas y sus hechos de guerra, le nombró almirante, enriqueciéndole cuanto pudo. Sus riquezas acaso, según Moncada, fueron la causa de elegirle por jefe las tropas expedicionarias, porque él podía soportar los primeros gastos de la expedición, á más de dirigirlos con el acierto de un capitán consumado y con la valentía capaz de electrizar á unos guerreros tan rudos como fieros combatientes.

Dispúsose la partida en una escuadra de treinta y seis velas, que dió el rey, así como los bastimentos, y se embarcaron Roger de Flor y Fernán Jimenez de Arenos con 1.500 hombres de la armada y 4.000 almogábares, aunque algunos cronistas hacen subir el cuerpo expedicionario á 8.000 hombres. Desembarcaron en Malvasia, puerto de la Morea, y pasaron á Constantinopla, donde fueron recibidos con una alegría sin límites, casando el emperador á Roger con su sobrina María y confiriéndole el título de megaduque; empero pronto se turbó el regocijo por una escena sangrienta que sembró el terror entre los griegos, y les hizo desconfiar de los nuevos auxiliares más que de los mismos turcos, sus enemigos.

Algunos genoveses, de los muchos que habitaban en Constantinopla, se burlaron de un almogábar por la rusticidad de su traje y acaso de sus modales. Orgullosos este, como todos los españoles, no pudo sufrir la burla y cerró con los genoveses á estocadas: acudieron otros almogábares y se trabó una lid de tan fatales consecuencias para los primeros, que perdieron más de tres mil hombres, y hubieran succumbido todos si no se refugian en el barrio de Pera y Roger no logra contener sus tropas.

Andrónico, temiendo las consecuencias de este suceso si pedía satisfacción la República de Génova, no pudo ménos de procurar que los expedicionarios saliesen cuanto antes á campaña contra los turcos, así es que les mandó al Asia poniendo á las órdenes de Roger las tropas alanas mandadas por Gregorio, y las romes, capitaneadas por Marenlli.

Se hicieron á la vela por el mar de Mármara y desembarcaron en el cabo Artacio. Todas las provincias del Asia habían caído en poder de los turcos, y estos se hallaban en el mismo cabo sin haber salvado la muralla que les separaba únicamente de las nuevas tropas; pero esta división fué lo suficiente para que no supieran la arribada de estas ni su número. Roger de Flor, enterado de su posición, se decidió á batirlos, y para excitar el ardor de sus tropas les arengó con la energía adaptada á la fiereza de su carácter, previniéndolas que no dieran cuartel más que á los niños. De noche hace levantar el campamento, salva la muralla y ataca vigorosamente á los turcos, que dormían descuidados y sin centinelas: despiertan estos y hacen una resistencia tan brava y vigorosa como tardía; pero los almogábares y los demás auxiliares, á imitación de estos, les acosan, les cercan y concluyen con ellos. ¡Noche sangrienta y terrible, en que un pueblo bárbaro, pero valiente, es sacrificado por huestes más civilizadas, pero de carácter tan duro como los mismos bárbaros! El degüello fué general; solo se perdonaron los niños, que fueron muchos, y todos quedaron prisioneros; el botín fué inmenso, y Roger mandó, como muestra de la victoria, regalos espléndidos al emperador, á su hijo Miguel Paleólogo y á María.

La alegría del pueblo de Constantinopla por esta victoria es indescriptible; pero también lo es el temor de la nobleza por lo que pudieran hacer tales auxiliares si tomaban armas contra el imperio, y la envidia de una hazaña que nunca pudieron los griegos ejecutar. Esta victoria acabó de confirmarles el carácter de los al-

mogábares, harto conocido por la riña contra los genoveses, y excitó su odio más que su gratitud.

Roger deseaba socorrer á Filadelfia, cercada por los turcos; pero el rigor del invierno y la corriente crecida de los ríos se lo impiden, teniendo que limitarse á recorrer el país donde obtuvo tan brillante victoria: recibe este á sus libertadores con gozo: mas á poco el júbilo se trueca en odio, porque los almogábares le talan sin piedad, llevados de la necesidad ó de la codicia, que poseían en tanto grado como el valor.

Visto que no puede continuar la campaña, Roger se decide á invernar en Cícico: manda por su mujer y envía á Fernando Aones con la escuadra á la isla de Chio.

En este tiempo Fernán Jimenez Arenos, hidalgo tan pundonoroso como bravo capitán, irritado por la desatentada conducta de los almogábares con los países libertados, demandó á Roger para que hiciera cesar aquel saqueo constante; y no habiendo obtenido resultado sus gestiones, se enemistó con él y se separó de sus banderas, pasando con sus hombres de armas al servicio del gran duque de Atenas. Ejemplo de pundonor que no podían tomar los almogábares, sedientos de riquezas, y que habían ido al Asia solo por conquistarias de cualquier modo que fuera, aunque expusiesen la vida continuamente para lograrlas.

A todo esto, no bastaba el botín de la victoria ni las exacciones violentas al país libertado, que los soldados pedían sus pagas y el emperador no tenía dinero. Roger, temiendo una sublevación, pasa con su esposa á Constantinopla para pedir sus sueldos; Miguel Paleólogo se resiente por esta petición, toda vez que los soldados se habían cobrado por su mano, y después de varios disgustos obtiene de Andrónico dos pagas, que no bastaron para cubrir los gastos hechos por los soldados; así es que Roger para calmarlos cubrió estos gastos con su propia fortuna.

Iba á empezarse la segunda campaña, y la fuerza estaba debilitada, no solo por las pérdidas naturales de los combates y enfermedades, sino también por la separación de Arenos con todas sus tropas; empero era preciso que aun se desmembraran más, para que tuvieran mayor mérito las victorias sucesivas, y no tardaron los almogábares en dar causa para ello. Uno de sus jefes enamoró algo bruscamente á una mujer que se hallaba en un molino; quisieron contenerle varios alanos, y se originó una riña como la de los genoveses, en que fueron degollados muchos de los primeros, y murió el hijo de George ó Gregorio, su jefe. Por consecuencia, los alanos se retiraron, quedando solo mil de ellos á las órdenes de Roger.

(Se continuará.)

ULPIANO VERGES.

TANTO MONTA.

DOLORA.

Unos que nacen ricos
viven y gozan,
y otros que pobres nacen
sufren y lloran.

Mas la pobreza
con el oro, la justa
muerte nivela.

Nacen horribles sères,
sères hermosos;
nacen ángeles bellos,
nacen demonios.

Pero inflexible,
á todos igualmente
la muerte rinde.

Sères débiles nacen
que el viento dobla,
cuando otros nacen fuertes
cual duras rocas.

La muerte alirada,
igual que al duro roble
troncha á la caña.

Unos nacen que el génio
son de las ciencias,
y otros en cuya mente
solo hay tinieblas.
¡La muerte acude,
á ignorantes y salvos
todos sucumben!

Mas si igual en la tumba
todo termina,
pequeñez ó grandeza,
¿qué significa?

Todo es lo mismo;
¿qué queda de ambas cosas?
Polvo mequino.

CONSTANTINO LLOMBART.

ESTUDIOS PREHISTÓRICOS

EL HOMBRE FÓSIL.

(Continuación.)

II.

La edad de bronce.

El descubrimiento de los metales hizo al hombre salir del estado salvaje en que hasta entonces se había encontrado.

Sin los metales el hombre sería hoy todavía un mono más perfeccionado, pero sin haber pasado de la categoría de bestia.

¿Cómo aprendió el hombre á hacer uso de los metales? ¿Y por qué los restos más antiguos de los instrumentos primitivos están fabricados de bronce precisamente y no de cobre ó plomo?

El hombre no pudo aprender á conocer los metales sino por casualidad, y si amalgamó el cobre y el plomo, que le dieron por resultado el bronce, fué debido á la misma casualidad: el hombre era dueño del fuego, había aprendido á avivar la llama colocando un círculo de piedras alrededor de la pira; sabía que ciertas piedras al contacto del fuego estallaban en pedazos que saltaban á gran distancia hirándole si le tropezaban, y pro-

curó elegir para hacer su hogar aquellas piedras que por la costumbre y la tradición había aprendido á distinguir de las de sílex, que son las que más estallan; la casualidad, pues, le hizo fabricar un hornillo con trozos de mineral de plomo y cobre, que la fuerza del fuego fundió y amalgamó, dejando entre las cenizas una torta metálica de una dureza extrema y factible de tomar distintas formas; ¿necesitaba más el hombre?

Meditó sobre aquella torta, la vió fundirse, la vió precipitarse en el fondo del hogar, separándose de las arenas, y quedó inventado el molde; las primeras hachas de bronce están fundidas y vaciadas en la turquesa de sus predecesoras las hachas de piedra.

Ya con este poderoso auxiliar tuvo más necesidades; no quiso esperar la eventualidad de la caza para proporcionarse el alimento, y á la comida, compuesta hasta entonces de carnes, añadió los vegetales.

De cazador que era se hizo pastor; empezó á conducir rebaños á través de los campos, y su peregrinación sobre la tierra se hizo interminable.

¿Cuáles eran las costumbres de los hombres que vivían en una época de que no queda memoria ni por la tradición escrita ni referida?

Problema difícil de resolver, y que sin embargo vamos á intentar hacerlo.

Cada vez que se ha encontrado un sepulcro de aquellos tiempos, los geólogos más eminentes se han reunido y han observado y estudiado con gran detenimiento aquellas tumbas; ¿qué han hallado?

En todas los mismos objetos.

Esqueletos de hombre, hachas, flechas, trozos de alfarería groseros, conchas y grandes huesos pertenecientes á los mayores animales contemporáneos de aquella edad; esto en el interior de las cavernas sepulcrales: en el exterior, ó sea en la esplanada que se observa delante de estos fúnebres lugares, cenizas, restos carbonizados, vegetales, mezclados con huesos partidos de manera que dejan al descubierto la médula, y algunas veces también instrumentos.

Esto indica claramente cuáles eran las ceremonias de aquellos primitivos tiempos á la muerte de alguno de sus individuos.

Destinaban una gruta lejos de las que les servían de vivienda y adaptaban á su entrada una ó varias piedras que le servirían de puerta; conducían allí el cadáver, y al depositarle colocaban á su lado las armas de que se había servido en vida; grandes trozos de carne y vasijas con agua, como hacen en algunos puntos del Perú y Chile hoy día, para que les sirvieran de provisiones en el largo viaje que iban á emprender: estos hombres, pues, tenían la creencia de una nueva vida, y para su defensa y para su alimento en su figurada peregrinación á la otra vida eran aquellas armas y aquellas provisiones.

La familia, los amigos del difunto cerraban la gruta, y ellos á su vez celebraban delante de la tumba un banquete funeral; por eso están allí las cenizas y los restos de los animales muertos y devorados en honor del cadáver; que aquellos animales eran comidos por los vivos lo prueba la rotura particular de los grandes huesos, y que los depositados en la tumba se disponían para el viaje lo prueba el que los huesos están enteros.

Además de las cavernas, los hombres de la edad de bronce fabricaban una especie de viviendas que se conocen con el nombre de *ranchos lacustres* (1), es decir, aldeas edificadas en los lagos; el hombre aprendió del

castor á edificar sus primeras habitaciones en las aguas en los lagos de Suiza se han descubierto hace pocos años restos de viviendas que no dejan lugar á la menor duda.

Para edificarlas, clavaban en el lecho del lago grut:



MANOLOS DE PRINCIPIOS DEL SIGLO JUGANDO Á LA BRISCA. (CUADRO ORIGINAL DE ORTEGA.)

des troncos de árboles; sobre ellos sujetaban otros, y sobre estos elevaban sus miserables viviendas, que no

eran flotantes, sino más bien islas artificiales: el fuego ha destruido la mayor parte de estos pueblos, y solo hoy con mucho trabajo la ciencia puede reedificar aquellas construcciones.

(1) Véase el artículo que lleva este epígrafe.

Todos ó casi todos los ranchos lacustres son contemporáneos de la edad de bronce: se encuentran en los puntos donde estuvieron situados muchos restos preciosos para la historia antidiuviana, armas, instrumentos, joyas, objetos de adorno que hoy se conservan en los Museos de Neufchatel, como encontrados en los lagos de Suiza, que son verdaderamente los que se han examinado con algún detenimiento.

Nosotros hemos visto en poder de una señora un brazalete de esa época, que la regaló el Dr. Wibell, célebre geólogo alemán, y nada hemos visto que nos haya sorprendido tanto: representa un cordón triple; el del centro liso y los dos exteriores figurando una cuerda retorcida; se cierra por medio de una especie de gancho ó más bien cuerda dentada: está fabricado de bronce y el tiempo transcurrido le ha revestido de un esmalte que sería imposible querer imitar por medio del arte: la *patina* ú óxido que le cubre, que no es otra cosa que el carbonato de cobre formado por el tiempo, tiene un espesor de cerca de dos milímetros; á través de él se descubren las señales de los groseros instrumentos con que se ha esculpido.

Pero estos adornos, estos instrumentos indican una época mucho más moderna, y por lo tanto más adelantada; hemos dicho ya que el hombre se hizo pastor en el principio de la edad de bronce; el hombre pastor fué guerrero, tenía que defender sus ganados de los asaltos de las tribus hambrientas que le seguían; estas tribus no eran de feroces animales, eran de hombres; al hacerse el hombre guerrero inventó los jefes; el hombre de combate tenía que ser mantenido por el resto en la tribu y solo empleaba su trabajo de destrucción en algunos momentos, cuando se presentaba el enemigo.

Su vida nómada y aventurera no le permitía labrar la tierra; no se encuentra ningún instrumento de agricultura en los primeros tiempos de la edad de bronce; el hombre tuvo que ser detenido por un obstáculo insuperable para hacerse sedentario; un río caudaloso que corría delante de sus pasos, el mar, una cadena de montañas le detuvieron, y su gran estancia en un punto le hizo ver la sencillez con que el grano caído de la espiga germinaba, brotaba, crecía y producía su fruto; el hombre observó; vió, por ejemplo, que el trigo que nacía al pié de una encina crecía más lozano y desarrollado, y comprendió que la tierra removida por el hocico del cerdo había obrado aquel milagro y quedó inventada la agricultura; sus primeros instrumentos eran palos aguzados que presentaban la reja del arado; el hocico del cerdo fabricado de bronce....!

MARIANO LERROUX.

(Se continuará.)

CUENTOS POPULARES.

Los obreros.

(Conclusion.)

Eran las doce de la noche de uno de los primeros días del mes de Noviembre del año de 1854.

El aspecto de Madrid no era nada tranquilo: como los enemigos de la libertad espasmiaban el rumor de

próximos trastornos, el vecindario se había alarmado, habíase retirado á sus hogares cerrando sus puertas, y solo se veían en las calles algunas patrullas de Milicia ciudadana velando por los intereses públicos y por la pública tranquilidad.

En una desmantelada é insalubre boardilla de una casa de la calle de la Comadre ocurría una escena que bien merecía fijar nuestra atención. Trasládemonos á este chivirvilt.

En un cuarto de tres varas cuadradas, tendida sobre un catre de madera, que parecía tener dos colchones, cubierta con una manta valenciana sobre la que doblaba una sábana no muy limpia, había una jóven de diez y seis años, pálida, destrenzado el cabello, los ojos desencajados, blancos y secos, y entreabiertos los labios, sumida en el letargo más profundo.

Acababa de ser madre.

Cerca de la cama y sentadas sobre dos sillas vastas había dos mujeres, una de las cuales se ocupaba en vestir un hermoso niño, que, como si comprendiera la fatalidad de su destino, lloraba sus futuras desgracias.

Esta mujer podría tener sobre cuarenta años: era gruesa, de regular estatura, de nobles facciones y de mirada franca.

Su interlocutora era la *tía* que hemos visto en otro lugar, y que sobradamente recordarán nuestros lectores.

Concluido de vestir el niño, pasó de las manos de la partera á las de la *tía*.

La partera se levantó, cogió un vaso de encima de una vieja mesa de pino que había enfrente de la cama, le llenó de agua de un cántaro desboquinado que estaba en un rincón, sacó de su bolsillo un pomito de cristal, echó en el agua unas cuantas gotas de un líquido amarillento, acercóse al lecho, metió el brazo izquierdo por debajo del cuello de la jóven, la incorporó y acercó á sus labios el vaso.

Juana, que no era otra la jóven, abrió los ojos, lanzó un triste y prolongado suspiro, y clavando una mirada indefinible en su hijo, exclamó con acento balbuciente, mientras dos claras y gruesas lágrimas corrían por sus mejillas:

—Déme Vd. á mi hijo, quiero besarlo.

La *tía* se levantó y fué á depositar el niño en los brazos de su madre, diciendo:

—Bésalo cuanto quieras, pero despacha pronto, porque ya es tarde y yo tengo que hacer.

—¿Y qué tienen que ver sus quehaceres con mi hijo?

—Si no tuviera que cumplir la voluntad de su padre, nada.

—¡La voluntad de su padre! Pues qué, ¿acaso ese padre desnaturalizado, despues de haber abandonado á la madre de su hijo aun antes de nacer este, tiene algún derecho sobre él?

La partera permanecía indiferente á esta conversacion.

—No puedes en razon decir que mi señor te ha abandonado; pues aunque sus muchas atenciones no le permiten venir á verte, bien sabes que él paga esta cuarto y yo te traigo todas las semanas cierta cantidad....

—Es verdad, contestó con amarga ironía la pobre Juana. ¡Su amo de Vd. paga el alquiler de este sepulcro, y además Vd. viene á traerme todos los sábados la enorme suma de veintiocho reales...! ¿Qué más puede exigir una mujer al ladrón de su honra, al autor de su intranquilidad y sus desgracias...?

—En fin, dejemos esa cuestion, que no es del momento, y sobre todo que nada me importa. Lo que sí debes saber es que yo he recibido encargo del señor marqués de trasladar su hijo...

—¿Adónde? gritó Juana colérica abrazando al recién nacido.

—A la Inclusa, su casa natural.

—¡Oh! ¡Imposible! ¡No sucederá...!

—Yo he de cumplir las órdenes de mi señor.

—¡La Inclusa! Palabra odiosa y detestable, abismo del vicio, fuente de la inmoralidad y máscara de la prostitucion. ¡Quélese en buena hora ese recurso miserable para esas madres desnaturalizadas y crueles á quienes estorba en la carrera de sus devaneos y de sus crímenes el hijo que abrigaron en sus entrañas por la satisfacción de un deseo impuro ó por una aberración de la naturaleza! ¡La muerte solo podrá separarme de mi hijo! ¡Hijo de mis entrañas!

Y tras estas palabras, como si se agotaran todas sus débiles fuerzas, cayó en un nuevo letargo.

El niño hubiera rodado al suelo si la comadre no se hubiese apresurado á recibirlo en sus brazos.

La *tía* lo tomó inmediatamente, se cubrió con un largo manto y

—Cuide Vd. de esa desgraciada, dijo á la comadre, y abandonó la boardilla, llevándose el único consuelo de la desdichada Juana.

Al desembocar la *tía* con su *contrabando* de la calle de Meson de Paredes á la plazuela del Progreso, cruzaba por esta una patrulla de Milicia ciudadana que iba mandada por un sargento.

El jefe se fijó en la bruja, dió un grito de sorpresa y se dirigió rápidamente á ella.

Como el hombre que tiene la convicción de no haberse equivocado, asiendo á la *tía* por el manto la dirigió estas palabras en tono amenazador:

—¿Dónde está Juana?

—¡Favor! ¡scorrolló gritó la cuidada al observar la horrible contraccion del semblante del miliciano, que estaba fuera de sí.

—Es inútil que grites, vieja condenada. La única manera de salvar tu vida es decirme dónde está Juana. ¿Qué habeis hecho de ella?

La *tía*, comprendiendo el estado de Ricardo, á quien ya habrán conocido nuestros lectores, y respondiendo al instinto de conservacion, cantó de plano y mostró el recién nacido á la atónita vista de aquellos sencillos hijos del pueblo, que no podían explicarse tanta maldad en un *caballero* tan distinguido como el marqués.

La *tía* acompañó á Ricardo hasta la puerta de la boardilla de Juana, escapando desde allí casi sin que nuestro personaje se apercebiera de su fuga.

Ricardo llevaba el niño en sus brazos.

La patrulla esperaba á su jefe en la plazuela del Progreso.

Juana había vuelto de su letargo, había echado de ménos á su hijo y lloraba por él de esa manera desconsoladora, con ese sentimiento indescribible con que llora una madre la pérdida de un hijo.

En vano la buena señora que la acompañaba pretendía consolarla: para ciertos dolores no hay consuelos en el mundo.

—¿Dónde está mi hijo? ¿qué han hecho de mi hijo? repetía sin cesar la pobre jóven, vertiendo raudales de amarguísimo llanto.

—Aquí está, contestó de pronto una voz desde afuera.

Las dos mujeres suspendieron hasta la respiracion.

Un momento despues apareció Ricardo en la estancia.

Juana lanzó una exclamacion de frenética alegría, abrió los brazos y recibió en ellos no solamente á su hijo, si que tambien al hombre virtuoso, al gran hombre (1) que un tiempo despreciara y que ahora aparecia á sus ojos con toda la grandeza que es capaz de ostentar un alma humana.

Juana y Ricardo mezclaban sus lágrimas.

Sus sentimientos se confundian en uno.

Se habian elevado á la grandeza del amor más sublime en alas del dolor y del sentimiento.

Sus corazones quedaban unidos para siempre.

El amor que nace en esos momentos no puede morir nunca.

Así como hay alegrías que matan, las hay tambien que curan las más graves dolencias.

Juana, el día siguiente á tan terrible noche, se encontraba casi buena, aunque atormentaban su imaginacion tristes y dolorosos recuerdos.

Eran las tres de la tarde.

Juana, que llevaba en brazos á su hijo, y Ricardo, que aun vestia el uniforme de *nacional*, penetraban en un coche que habia parado á la puerta de la calle.

—A la calle de Pelayo, número 20, dijo Ricardo al cochero.

El coche partió.

—Pero, hombre, decia Juana á Ricardo, ¿es posible que no sepas nada de mis padres?

—Pronto sabremos algo de ellos, contestaba Ricardo; lo que quiero es que te tranquilices, porque deseo darte una agradable sorpresa.

—Respecto de tí, tampoco has querido contarme tu historia; cómo te encuentras en Madrid, qué sucedió aquella noche fatal en que yo salí de Barcelona...

—Para todo habrá tiempo; además, que tú tampoco me has contado la tuya.

—¡Es tan triste...! Arrebatada como tú viste del seno de mi hogar, tuve que resignarme á vivir con aquel hombre; á los dos meses me abandonó, señalándome una pension cortísima, lo suficiente para no perecer... y... ¡Mi historia es una historia de lágrimas!

—¿Pero cómo no escribes á tu familia?

—Al principio me fué imposible; estaba espialda constantemente por esa mujer abominable; despues he

(1) Para el autor de estas lineas los más grandes hombres son los de más generosos sentimientos, los de más levantado espíritu.

escrito diferentes veces á mis padres; pero mis cartas nunca han tenido contestacion.

El coche paró donde habia indicado Ricardo. Nuestros personajes echaron pié á tierra y se internaron en la casa.

Ricardo vivia en el piso segundo. Llegaron á él y llamaron á su puerta. Al abrirse ésta se oyeron casi á un mismo tiempo estas dos exclamaciones:

—¡Madre mia!

—¡Hija mia!

Madre é hija, es decir, María y Juana, se abrazaron con una alegría que rayaba en delirio.

Ricardo en tanto contemplaba su obra satisfecho de sí mismo.

¿Cómo habia ido Ricardo á Madrid? ¿Cómo se encontraba María en casa de Ricardo?

Ricardo, que era huérfano y que solo tenia en Barcelona algunos lejanos parientes, durante su permanencia en el hospital solo fué visitado por María, quien desde la muerte de su esposo, vivia pidiendo limosna. Cuando Ricardo hubo sanado de sus heridas, recogió á la pobre viuda, que desde entonces fué una madre para él.

Ricardo, como hemos dicho en otro lugar, era carpintero. Un dia encontró quien le contratara para Madrid, y lo mismo él que María formaron el propósito de buscar á Juana. El cómo la encontraron ya lo saben nuestros lectores.

Quince dias despues, Juana era ante Dios y los hombres esposa de Ricardo.

Miguel, que este fué el nombre que pusieron al niño, se habia librado del sonrojo y del escarnio de la sociedad.

Han pasado diez años.

Un domingo por la tarde del mes de Mayo, paseaba como de costumbre la aristocracia madrileña en lujosas carretas por la histórica *Castellana*. Por las alamedas de la izquierda tambien paseaban algunos pobres, distraiéndose con las vanidades de los ricos.

De pronto se oyó un ruido extraño seguido de grandes voces, y todas las miradas se fijaron en un punto.

¿Qué habia ocurrido?

Un poderoso alazan se habia desbocado y arrastraba al gineté, que, engranchado en uno de los estribos, seguia los movimientos de la fiera, regando con su sangre el aristocrático paseo.

La gente estaba aterrada.

El caballo pasó como una flecha por una de las alamedas laterales al paseo, dejando al gineté exánime y completamente destrozado junto á un canapé, cerca del cual se encontraba una familia de las que paseaban.

Aquella era la familia de Ricardo.

El muerto habia llevado el título de marqués del Pinto.

Juana y Ricardo se miraron aterrorizados.

El pequeño Miguel se refugió en los brazos de su abuela.

La anciana María le condujo junto al cadáver diciéndole:

—Hijo mío! ¡Ora á Dios por el alma de ese desgra-

ciado!

FRANCISCO FLORES Y GARCÍA.

REVISTA EXTRANJERA.

Part 22 de Julio de 1872.

Ofrecí en mi anterior artículo ocuparme exclusivamente en este de la situacion de Francia.

Y como en el resto de Europa la politica no ha variado de indole desde el escrito precedente, con mayor razon puedo hoy detenerme en consideraciones sobre la dolorosa situacion del pueblo francés.

Puede decirse con propiedad que aquí todas las cuestiones políticas se reducen á la solucion de un problema económico. En la actualidad el porvenir de la Francia depende de la solucion que se dé á las dificultades de la Hacienda de esta desgraciada nacion.

Decia últimamente Mr. Thiers en el seno de la Asamblea de Versalles:—Es preciso que todo el mundo pague.

Al oir esta frase tan absoluta, tan categórica, no pude ménos de preguntarme para mis adentros:—¿Qué es lo que hay que pagar? ¿Por qué debe pagarse?

Y estas preguntas me conducian de deducion en deducion á otras muchas, que me asaltaban unas veces á manera de perplejidad y otras á guisa de respuesta.

¿Por qué motivo el presupuesto de 1872 y siguientes superarán al de 1869, que ascendia á dos millones y doscientos millones de francos? ¿Por qué deberá pagar el pueblo francés trescientos millones anuales á los suscritores del nuevo empréstito, ó sean cinco millones cada diez y ocho años, mientras no descubran el medio de pagar á la vez el capital é intereses, cosa que nadie hasta ahora ha tenido la dicha de descubrir?

¿Por qué razon y con qué derecho pesan tan exorbitantes cargas sobre esta malaventurada Francia?

¿Acaso porque los ministros del imperio siguieron una política sabia, prudente y conforme á los votos y necesidades del país?

¿Acaso porque los pasados Cuerpos colegisladores ejercieron una fiscalizacion excesiva sobre las dilapidaciones y administracion del gobierno imperial?

¿Acaso porque los jefes y administradores militares llenaron tan bien sus deberes, que todo estaba dispuesto para la guerra con una prevision tan asombrosa, que á ningun cuerpo, á ninguna compañía, á ningun soldado faltaba un solo boton de polaina, como declaró un ministro en pleno Parlamento?

¿Acaso porque los oficiales y los generales del imperio maniobraron con tal precision y rapidez que lograron las más prodigiosas victorias?

¿Acaso porque las instituciones pasadas respondian á los instintos, intereses y necesidades de la mayoría y satisficieron á la vez á la aristocracia de la inteligencia y del desinterés y de la honradez?

¿Acaso porque en tiempo de Napoleon III, el órden, más garantido y más asegurado que jamás, emanaba lógicamente de la fuerza irresistible de las cosas y no de la represion gubernamental que todo lo invadía?

¿Acaso es por tales razones que la Francia debe pagar las enormes sumas que hemos mencionado? ¿Es acaso por esa gloria, por esa prosperidad, por esos beneficios, por lo que los franceses deben derramar á manos llenas el fruto de su sudor, de su trabajo, de sus esfuerzos y de sus dolorosas privaciones?

Harto severa es la historia, harto elocuentes son los hechos, harto dominio ejerce la nacion en la conciencia de las gentes honradas, para que todos los hombres de corazon, todos los amantes del derecho y de la justicia contesten unánimemente que no es por tales causas que la nacion francesa debe arruinarse con la desposesion



EL ALCALDE.—TIPO ARAGONÉS.

de las fabulosas sumas que al principio he consignado.

Y sin embargo, el pueblo francés paga, y cuando paga por algo debe ser; y cuando ese algo es tan horriblemente caro, debe ser esencialmente bueno, beneficioso, sublime y grande.

Debo confesar que no se encontrará esa bondad, esos

beneficios, esa sublimidad y esa grandeza en lo que el pueblo francés paga.

Porque si cuando Thiers dijo en la tribuna que era necesario que todo el mundo pagase hubiera especificado en seguida lo que era necesario pagar, todo el universo se hubiera convencido de que lo que al pueblo francés cuesta tantos millones, y tantos afanes, y tanto

sudor y tantas privaciones, es el desierto y la petulancia de los diplomáticos del pasado imperio napoleónico.

Es el maquiavelismo cínico y caprichoso del gobierno imperial;

Es la ligereza de corazón y de lengua que caracterizó a los ministros de Bonaparte, y que públicamente, ante el Senado, ante el Cuerpo legislativo y ante el país arrojó sobre ellos la responsabilidad de la última guerra;

Es el servilismo de ese Senado y de ese Cuerpo legislativo que después de aprobar todos los desvaríos del César, y la ruinosa é injusta expedición de Méjico, votaron por aclamación esa horrorosa hecatombe que la Prusia con todo su poder no había osado comenzar;

Es la derrota y la capitulación incesante de esos generales del imperio, que no supieron, no digo rechazar, pero sí detener la invasión de las hordas septentrionales, evitando que vinieran á vomitar la muerte sobre los muros de París, y á esparramarse como una inundación devastadora sobre cuarenta departamentos de la Francia;

Es, en fin, el cesarismo despótico y plebiscitario, que tuvo por cómplices á los burócratas, á los agiotistas, al Parlamento, al clero, á la nobleza y á la prensa conservadora, y que logró comprimir al país hasta tal punto, que las explosiones de la indignación y de la cólera popular llegaron á ser fenómenos fatales é inevitables, como llegan á serlo las explosiones del vapor sometido á una compresión violenta bajo la mano de un loco ó de un ignorante.

Todos estos males, todas estas monstruosidades son las que hoy está sujeto á pagar el pueblo francés.

Pregunto ahora: la justicia humana, las leyes del honor y los fueros de la moral social, ¿permitirán el pago de tales vicios y de tan abominables crímenes? ¿Debe pagar, en conciencia, el desgraciado pueblo francés?

El presidente de la República francesa así lo cree y pide oro, mucho oro á los mismos que han dado sangre, mucha sangre; á los que han visto destruir el fruto de sus trabajos y de su talento y de su industria; á los mismos que han derramado las lágrimas á torrentes y que han apurado la hiel del dolor y de la vergüenza hasta las heces.

Sí, el antiguo ministro de Luis Felipe, el parcial historiador del primer imperio ha conseguido el arma principal con que piensa recuperar el oro de que los pasados errores han comenzado á despojar á la Francia.

La comedia ha llegado á su último acto, cuando los diputados se han disuelto temporalmente con el fin de gozar las delicias de unas vacaciones campestres.

El país llorará eternamente su último acto, pero... ¿qué importa?

La comedia ha llegado al punto que quería su director de escena.

Tal vez no existían diez diputados en la Asamblea que sinceramente desearan el impuesto sobre las primeras materias. El impuesto sobre las primeras materias ha sido sin embargo votado, y el sentimiento general es de que la Asamblea ha obrado con acierto.

Basta esta última reflexión para demostrar que esta nación atraviesa una situación particularmente extra-

vagante, que me obliga á exclamar como Hamlet:

—Algo podrido hay en el imperio de Dinamarca.

Y lo que hay aquí podrido es fácil hallarlo en todas las clases de la sociedad en proporcion progresiva, según se recorran desde abajo hasta arriba.

La Asamblea versallesa está compuesta de gentes que apenas se les habla del *mandato imperativo* de sus electores ponen el grito en el cielo y se revuelven agitados como perros rabiosos. Atrinchéranse detrás de lo que llaman su conciencia, invocan su dignidad y declaran que quieren permanecer en la independencia de sus convicciones. Y tan *independientes* son estos diputados, que pasan el tiempo en votar lo que no les conviene, sometiéndose á las voluntades que les son más antipáticas y desagradables.

Les es de todo punto imposible proceder de otro modo, vistas las mezquinas aspiraciones que entre ellos reinan; de manera que la Asamblea nacional, que á mi modo de ver debería solo ejecutar el mandato del pueblo, y que según ella sola debería obedecer sus caprichos, acaba siempre en todas las cuestiones por representar el papel ridículo de un criado respondiendo del decrepito Mr. Thiers, ó en otras palabras, termina siempre por representar la política pretenciosa de un solo hombre.

Tal es el verdadero estado de la Francia en el momento de disolverse la Asamblea de Versalles y en la víspera de ser suscrito el grandioso empréstito de los *tres mil millones de francos*.

¡Pobre Francia!

LOUIS RICARDO FORS.

CANTARES.

Las penas y los placeres
son cual las olas del mar,
que nacen, suben y crecen
según sopla el vendabal.

Eres como los limones,
amarga y dulce á la vez;
¡malhaya de aquel que lia
en tus palabras, mujer!

Dicen que la ausencia acaba
con el amor que juramos;
¡ay, que si esto fuera cierto
no estaría yo pensando!

Los que notan mi tristeza
me aconsejan que te olvide:
sin tu recuerdo, ¿qué hiciera?
Desesperado, moriré.

No sé decirte qué pena
de las dos será más grande:
tú lloras por que te fuiste,
y yo lloro por quedarme.

Mañana al nacer el alba
parto, mi niña, á Madrid;
pero el alma de los dos
entera se queda aquí.

El pensamiento es tirano
y en el ausencia cruel,
pues que nos trata muy mal
si nos recuerda algún bien.

J. BOTELLA.

REVISTA GENERAL.

Si el célebre agridientes más que la *Gaceta* no fuera tan verdadero como todos los refranes castellanos, podría ser volverse loco al leer las noticias que del viaje de D. Amadeo publica el periódico oficial.

Pocos partidos mienten con la pasmosa tranquilidad de los radicales; gente de audacia y jaleo, manejan los chinoses, el incensario y el bombo de tal suerte, que son una verdadera notabilidad en este nuevo arte de engañar y mentir.

En las partes de los gobernadores, y aquí es el secreto, la parte vulnerable, como si dijéramos, de la comedia, es en el único en que han nadado descontentos, pues en lugar de dejar a cada gobernador que le conficacion a su gusto, le han obligado a sujetarse al *patron*, al modo remitido por su jefe el ministro de la Gobernación; de aquí que los partes se parezcan una gota a otra gota; y por si alguien lo duda, allá va la prueba.

Búrgos.—«La Milicia nacional de la localidad y pueblos vecinos han cubierto la carrera, que invalida de gente ha tributado a S. M. la más entusiasta acogida arrojando á su paso flores y palomas.»

Otra parte.—«Desde los balcones las señoras saludaban al monarca, habiéndosele arrojado en el tránsito palomas y poesías.»

¡Cuánta palomá!

Palencia.—«Tanto ha sido el entusiasmo, que no es fácil expresar. Las calles estaban completamente obstruidas, y de los balcones le arrojaban flores, poesías y palomas.»

¡Y va de palomas!

Santander.—«En los balcones, atesados de señoras, saludaban estas á S. M. con sus pañuelos, prorumpiendo en entusiastas vivas.»

Nota.—Se esperaban las palomas, que aun no habían llegado; las flores venían de camino, y los peregrinos escudados del gobierno político no habían podido terminar sus poesías; no hay que perder la esperanza, porque, como decía un autor, lo *dijerto* no es *perdido*.

Valladolid.—«Le sigue un gentío inmenso, aclamándole sin cesar.»

Ahora, y aunque sea exponiéndonos á las iras de la prensa ministerial, justo es que, después de haber transcritos los partes oficiales, publiquemos las noticias que nosotros hemos recibido.

El Norte de Castilla, periódico nada sospechoso, dice hablando de la entrada en Valladolid de D. Amadeo:

«La concurrencia fué numerosa en la plaza y algunos otros puntos, pero nadie se permitió la molestia de descubrirse. Tampoco oímos ninguna aclamación en toda la carrera.»

«Dícese que el cardenal arzobispo de Valladolid no asistió á la recepción del rey, pues salió dos ó tres días antes á recorrer algunos pueblos de la diócesis.»—*Correspondencia de España.*

«Dicen de Valladolid que varios individuos que dieron vivas á la República, por cuyos vivas fueron presos, etc.»—*Idem.*

«El rey ha prometido visitar á Avila al regreso de su viaje.»

«Dícese que el cabildo de Avila se negó á cumplimentar al rey.»—*Idem.*

En Búrgos parece que el arzobispo ordenó la clausura del templo, negando la entrada en él á D. Amadeo: hulo *mueras*, y alguna que otra *pedrada*, y D. Amadeo no creyó prudente pasar allí la noche.

Ahora bien; nuestros lectores convendrán con nosotros en que es imposible mentir con más descaro: pensar que Avila, ciudad que cuenta un ayuntamiento republicano, y cuya población se divide entre carlistas y republicanos: Valladolid, capital enteramente republicana; Búrgos, ciudad de opiniones reconocidamente carlistas; y Santander, uno de los más firmes baluartes de la causa republicana, con municipio republicano, pidan que don Amadeo de Saboya les visite, se arriesten á sus pies como individuos corteses, se doblen ante él como bajos aduladores, y le victoreen como pagados suizos ó como serviles realistas, es el cinismo, la aulancia, el descaro mayor de que jamás se hizo alarde por ningún partido político.

Viaje en buen hora D. Amadeo de Saboya, ya que en estos viajes fueron los radicales su estancia en el poder, pero no rebajen, no insulten, no ofendan á partidos políticos que tienen su honor, su decoro y la integridad y pureza de sus principios en más que la vida, puesto que sin honor, sin decoro y sin dignidad es imposible la vida en esta tierra clásica del valor y la lealtad.

Intuitivamente reflexar á nuestros lectores el complot de asesinato contra la persona de D. Amadeo intentado en la noche del jueves 18 de vuelta de los jales del Buen Retiro en su palacio de Oriente, porque todos los diáris se habían apesadumado á dar cuenta detallada de este horrible atentado.

Nosotros, de acuerdo con nuestros amigos de Valencia, decimos á propósito de este grave asunto, que, *enemigos del rey como institución, saludamos al hombre, y en nombre de la humanidad ofendida pedimos el castigo de los verdaderos criminales.*

Ayer los vendedores publicaban una hoja á los gritos de:

«La tensión contra D. Pedro Mata.»

No tuvimos ocasión de leer este nuevo escrito, que como oímos hacer grandes elogios; pero es lo cierto, que si el club radical, como dijo *El Imparcial*, estaba entendiendo á todo el plan desde las nueve de la noche, jamás debió consentir que el hecho llegara á consumarse. Su deber fué impedirlo á todo trance, y si no lo azzadaba el medio de detener á los que aparecían como autores, y á los cuales, según *El Imparcial*, vió salir reunidos de la taberna, y subdividirse en grupos por toda la calle, debió colocar en todo el tránsito fuertes patrullas de agentes de orden público con su uniforme y no disfrazados de paisanos, con lo cual se habría evitado eso que los conservadores llaman *deshonra de España*.

El Directorio federal ha publicado un nuevo manifiesto llamando al partido á las urnas.

Nosotros seguimos creyendo que el Directorio no tiene autoridad para resolver tan gravísima cuestión, y por nuestra parte insistimos hoy en lo que pedíamos ayer, esto es, en que los comités provinciales convoquen al partido y este resuelva, en un plazo brevísimo, por su libre y espontánea voluntad, si debemos ó no acudir á las urnas. Solo de este modo, que es á nuestros ojos el más sencillo, el más digno y el más republicano, se puede alcanzar que el partido todo acepte la lucha electoral, si esta idea sale triunfante, y vaya á las urnas tan compacto, tan resuelto y tan unido, que sus enemigos se vean obligados á cederle el campo.

Según noticias de Lérida, en las elecciones que hoy se están verificando en aquella importante ciudad para la elección de concejales, por no haberse renovado el ayuntamiento en Diciembre último, nuestros amigos han triunfado en los seis colegios.

Otro tanto parece que ha sucedido en Utrera, las Cabezas y otros pueblos de la provincia de Sevilla.

Los carlistas continúan cada vez más envaletonados en las provincias catalanas.

Después del asalto de Reus han tratado de penetrar en la importante villa de Tarrasa, de la que han sido arrojados merced al valor y á la resuelta actitud del vecindario, y como si esto no fuera bastante, nuevas partidas han aparecido en Azúa (Coruña), en L. Biesío (Oviedo), y Villanueva de Córdoba.

Según los datos publicados por *La Tertulia*, diario ministerial, llevamos perdidos en Cuba: 20 jefes, 490 oficiales y 49 835 soldados; han sido licenciados por inútiles 35 oficiales y 6.104 soldados, habiendo desaparecido ó caído prisioneros 41 oficiales y 635 hombres: total, 20 jefes, 546 oficiales y 36.574 soldados.

Y todo para qué, para ver pelear en sus buques y maniguanas la flor de nuestro ejército en una guerra de traiciones, sin obtener ningún resultado positivo para la madre patria!

Dice un periódico que las obras de Santo Tomás adelantan rápidamente, y el gajo con este motivo la *caridad* y el *desprendimiento* del vecindario.

Y en tanto que las obras de Santo Tomás adelantan, el Hospital general se encuentra sin scalar por falta de fondos, y las calles de Madrid rebosan de seres que, escudados y harnicados, imploran una limosna por amor de Dios. ¡Que horrible sarcasmo!

La feria de Valencia llama justamente la atención de los viajeros; se cuentan maravillas de su magnífica *Alameda*, asegurándose que na a tiene que envidiar en gusto y riqueza á las mejores fiestas de París y Londres.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑÍA.

Madrid: 1872.—Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, 27.